

La prosa matinal de un poeta

A Krufú, Elqui, Armando, los Nájjar y los Ribeyro, concelebrantes de la aventura de París, algoito semejante a la de Vallejo.

¿La división de la escritura en géneros no será una de las tantas trampas de la literatura? Escritura hay una sola. Y su clasificación por especies resulta muchas veces un ejercicio de enjaulamiento. ¿Cómo cercenar un universo de signos que expresan fielmente la totalidad de un *hombre-logos*? La escritura de Vallejo descifra un mundo para volver a cifrarlo en otro registro. Y a ese tráfico entrega toda su vida. Es un hombre de los Andes, su temperamento vegetal lo anima todo. No hace de su identidad un «tema», sino que aborda la humanidad desde sus entrañas: «¡indio después del hombre y antes de él!» Lábrase la raza en su palabra.

Y su palabra transita, transgrede, todos los dominios en que está dividida convencionalmente la literatura. Claro, la poesía —composición sinfónica de palabras— es su expresión más alta y depurada. Pero esto no es ninguna novedad: todo *cholo* nostálgico del Perú es un poeta en potencia. Además, hay que tener cuidado con la celada usual de ponerse anteojeras para concentrar la mirada en su poesía y considerar de segundo orden sus otras expresiones. Por una razón sencilla: casi siempre su poesía se desgrana en su prosa; su fondo poético se advierte en cuanto escribió: tesis, ensayos, crónicas, dramas y comedias, cuentos y novelas y hasta guiones cinematográficos. El estilo es el hombre.

Luis Alberto Sánchez, que siguió desde temprano el itinerario accidentado del poeta, nos previene contra eventuales errores de perspectiva: «Las crónicas de Vallejo forman parte estructural de sus poemas. Recordemos que a partir de su viaje a Europa no publicaría ningún nuevo libro de poesía, hasta el cuaderno *España, aparta de mí este cáliz*, que data de 1937, víspera de la muerte del poeta cuyos *Poemas humanos* fueron un libro póstumo. Muchos de los temas y sugerencias de sus versos posteriores a 1923 aparecen en estas prosas irónicas, líneas traviesas y entusiastas. La personalidad de un escritor es una sola y así resulta de un cotejo cuidadoso de la prosa y el verso de Vallejo».¹ Valorar su obra poética relegando su prosa —por considerarse temas de circunstancias o tratarse de «artículos alimenticios»— puede resultar injusto para el autor, pues sus afanes políticos y sus desventuras personales en Europa lo llevaron por momentos más a la prosa que al verso.

¿Puede subestimarse una obra porque un autor recurre a los «artículos alimenticios»? De modo alguno. A pesar de su extremo desamparo —«yo he nacido para pobre de solemnidad»—, César Vallejo prefigura la condición de un escritor pobre y politizado en una metrópoli. En su propio país también hubiese muerto pobre y adolorido. Para

¹ Caretas, semanario peruano, Lima 30 de noviembre de 1987.

los escritores de talento incursionar en esa clase de textos resulta un *modus operandi*: crean un género estomacal que tiene su propia estética y genialidad. Un producto cultural del imaginario existencial del creador. «Raro es el gran escritor —dice en su artículo *Sobre el proletariado literario*—, el auténtico, el de primer calibre, que come y bebe de su creación. Existe y existirá, hasta nueva orden, la corona de espinas para todo frontal sobresaliente...»

Gracias a los afanes de dos investigadores peruanos recién ahora podemos acceder fácilmente a una visión de *conjunto* de la prosa vallejjiana, que ha estado tan dispersa en periódicos, revistas, folletos, libros, de América Latina y Europa. Enrique Ballón Aguirre publicó en 1958 dos volúmenes con las *Crónicas* que abarcan de 1915 a 1938 (Universidad Nacional Autónoma de México. Esta edición incluye la tesis de Vallejo sobre *El romanticismo en la poesía castellana*, para obtener el grado de Bachiller en Filosofía y Letras; y comentarios de época a su obra). El profesor Jorge Puccinelli, de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima, acaba de publicar una nueva versión de *César Vallejo desde Europa*, que reúne los artículos escritos entre 1923 y 1938, también ampliamente anotados y comentados.

Confieso que poder leer ahora la totalidad de su prosa resulta un ejercicio perturbador. Nos trastorna la idea que uno tiene del personaje, porque nos revela *otro* César Vallejo, aquel que se contiene en el rigor de sus versos y que ahora se explaya en libertad, desahogando a su escritura. El lector se ve obligado a redimensionar a Vallejo —la imagen únicamente de poeta resulta incompleta—, a reconfeccionar su idea del escritor. Sus crónicas alumbran zonas impenetrables de su poesía, descifran metáforas enigmáticas. Sus poemas redondean a su vez el sentido de un comentario o una apreciación. El cronista, por definición, es el hombre-antena que capta los signos del tiempo. Y Vallejo captó las señas convulsas de su tiempo europeo, de su sentido, y los volvió a cifrar en verso: éstos son los *Poemas humanos y España, aparta de mí este cáliz*.

En esto reside el tesoro del cronista: asociar el signo y el tiempo. Y muchos de sus contemporáneos incursionaron con maestría en el tratamiento del *chronos*: el habilidoso y controvertido Enrique Gómez Carrillo, el observador José Carlos Mariátegui, el reflexivo Alfonso Reyes, los hermanos García Calderón, el agudo Luis Alberto Sánchez, y tantos otros. Era un género de moda, que hace algunos años volvió a tomar altura con el *new journalism* norteamericano, con sus características «crónicas de atmósfera».

Por las crónicas de Vallejo desfilan los principales personajes del arte y la política del momento, apuntes sobre las corrientes estéticas en boga, novedades científicas, asuntos diplomáticos de primer orden (de Francia y América Latina), apreciaciones sobre los principales movimientos sociales y políticos, sobre la crisis financiera, el militarismo, el pacifismo y, claro, su preocupación por los destinos del Perú (como la serie «¿Qué pasa en el Perú?», de 1933).

La recopilación exhaustiva —no antología— que hace Ballón, reúne 247 textos, incluyendo discursos y entrevistas al poeta, y se le escapan, dice sólo cuatro artículos, de que se tiene noticia pero que son inubicables. Entre 1926 y 1929 es cuando más escribe —178 crónicas—, mostrándonos un Vallejo esmerado en su trabajo, presto al ejercicio matinal de su escritura —uno o dos artículos por semana—, con una vocación sacerdotal por su oficio, distante de esa imagen dispersa y bohemia que algunos le crea-

ron. El 8 de abril de 1926 le escribe a Pablo Abril de Vivero y le dice: «Aquí hay que luchar heroicamente contra la indolencia y la sensualidad de nuestra raza, aparte de otras dificultades de orden económico y ambiental». Vallejo podría considerarse el escritor maldito por excelencia, no por la embriaguez, la trasnochada inocua o las alucinaciones, sino porque a pesar de las adversidades más implacables pudo incursionar con arte y ciencia en la escritura de ensayos, crónicas, ponencias, guiones de cine, panfletos, obras de teatro, manifiestos, conspiraciones, participar en interminables sesiones políticas, intervenir en inescapables proyectos de revistas, hacer campaña contra las dictaduras peruanas y a favor de la República española. A eso se sumó, por su activismo político, su persecución —dos veces expulsado de Francia—,² pero siguió escribiendo. Nada impidió su consagración a forjar una *obra*. El 26 de mayo de 1924, a casi un año de llegar a París, define su norte cuando le escribe a Abril para decirle: «Yo no tengo en verdad, oficio, profesión ni nada. Sin embargo, ¡tengo afán de trabajar y de vivir mi vida con dignidad, Pablo! Yo no soy bohemio, a mí me duele mucho la miseria, y ella no es fiesta para mí, como lo es para otros».

Limpiar su mesita de trabajo, donde tomaba desayuno, instalar su vieja máquina de escribir, acomodar sus apuntes, y aguijonear desde temprano a la inspiración para adentrarse en géneros y temas variados, constituía una práctica cotidiana. No se trataba de la inspiración de estirpe romántica, sino de una disciplina inherente al domador de palabras. Ninguna adversidad pudo avasallararlo. Su prosa matinal, diáfana, no contaminada con sus desdichas (no hizo de sus penurias motivo de sus textos, por eso aparecen levemente en sus crónicas), podía visitarlo a cualquier hora del día, pues estaba «atenido siempre a las vísperas eternas de un día mejor». Por eso sus horas de negrura podían asediarlo en medio de la mañana. «Hay —le decía a Pablo Abril, entonces su confesor epistolar— en la vida horas de una negrura negra y cerrada a todo consuelo. Hay horas más, acaso, mucho más siniestras y tremendas que la tumba.»

De ese ejercicio cotidiano salieron, adecuadamente modificados, los materiales de sus libros: *Rusia en 1931*, *Reflexiones al pie del Kremlin*, *Rusia ante el segundo plan quinquenal*, *Contra el secreto profesional* y *El Arte y la revolución*. En este último incluye el texto, uno de los más bellos y conceptuales, «Poesía nueva», aparecido originalmente en la revista efímera *Favorables París Poema* (n.º 1, París, julio de 1926), donde propone una definición: «Poesía nueva ha dado en llamarse a los versos cuyo léxico está formado de las palabras “cinema, motor, caballos de fuerza, avión, radio, jazzband, telegrafía sin hilos”, y en general de todas las voces de las ciencias e industrias contemporáneas, no importa que el léxico corresponda o no a una sensibilidad nueva». Reclamándose de una sensibilidad nueva, proclama su «emoción cinemática», cuyas huellas se advierten en la arquitectura íntima de sus crónicas. Su prosa narrativa como sus artículos tienen, en efecto, algo de cinematográfico, focalización, «elaboración mínima» y, decía, «fobia a la media tinta y al matiz». Aquí coincide totalmente con Mariátegui, que en 1925 sostenía: «... el mejor método para explicar y traducir nuestro tiempo es,

² En *Rusia en 1931 - Reflexiones al pie del Kremlin*, dice al respecto: «yo he sufrido esta vigilancia policial, pública y secreta, nada menos que de parte del régimen más liberal del mundo capitalista: el Gobierno francés “cuna de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad de los hombres”».